



Vocación, teología e Iglesia



José María Vigil

Presento unas breves reflexiones contextuales sobre y para la pastoral vocacional, la que algunos/as hacen “profesionalmente” y la que los demás hacemos “por oportunidad”. Las divido en dos partes: una, referida a la “teología” que toda decisión vocacional encierra, y otra, referida al contexto eclesial de crisis que hoy vivimos.

I. Vocación y teología

Los que no somos ya tan jóvenes recordamos que, cuando lo éramos, el Concilio Vaticano II ya nos habló entonces de la “época de cambios profundos y acelerados” que nos estaba tocando vivir entonces, cambios tan rápidos que “no daba tiempo a la humanidad a darles seguimiento”, nos decía el Concilio. A nuestra generación le tocó vivir en “época de cambios” durante varias décadas. Prácticamente hemos vivido toda nuestra vida en época de cambios. Y ahora, desde hace poco, estamos diciendo que no se trata sólo “época de cambios”, sino “cambio de época”, que no es lo mismo. No se trata ahora de “un

cambio más", ni siquiera de "un cambio más grande", sino de un "cambio cualitativo".

¿Es cierto todo esto? ¿Lo es en el mundo de las vocaciones y de la pastoral vocacional? Yo creo que sí. Veamos.

Todos nosotros –los que no somos tan jóvenes- hemos visto muchas formas distintas de percibir la vocación.

- Estoy recordando a algún sacerdote mayor que me encontré en el mundo rural, que daba testimonio de su vocación diciendo que se había hecho sacerdote como el mejor modo de asegurar su salvación eterna, fiado en lo que decía san Agustín: que el que dedica su vida a salvar a los demás evita de la manera más segura posible su propia condenación... Yo recuerdo la insatisfacción que dejó en mí escuchar ese planteamiento: me parecía tremendamente egoísta en el fondo; me parecía que se trataba de una vida sin objetivo positivo, sin utopía, y que era bien triste que se pudiera pensar que Dios nos hubiera creado para vivir huyendo de la posibilidad de la condenación... Pero me di cuenta de que ese planteamiento vocacional había sido muy frecuente en los tiempos preconciliares. En un mundo cristiano donde la estrella central era el binomio salvación-condenación, muchos religiosos y sacerdotes eligieron ese camino como una forma de asegurar la propia salvación eterna... Esa fue la "teología de su vocación" personal...
- Cómo no recordar los planteamientos ignacianos radicales, que marcaron a tantos cristianos durante tanto tiempo: la meditación del «principio y fundamento», aquel hacerse «indiferente» a los atractivos de este mundo, para «usar de las criaturas» «en tanto, en cuanto» sirvieran para nuestra salvación, porque «al final, el que se salva sabe, y el que no, no sabe nada». Esos planteamientos y otros afines, tan desde la perspectiva de las «verdades eternas», no se podía imaginar que pocas décadas más tarde iban a ser tachados de abstractos, de poco encarnados, de poco valoradores de las realidades humanas...
- Viví también el caso de muchos de aquellos que tras el Concilio, abandonaron la vida religiosa y el sacerdocio. El Concilio abrió las ventanas de la Iglesia para que entrara aire fresco, y lo que entró fue un vendaval, debido al retraso de siglos que supuso la cerrazón histórica de la Iglesia frente a la cultura moderna. Muchas vocaciones que habían pasado años y decenios firmes en su fidelidad, se tambalearon y se vieron sin fundamento. Para unos, la causa de su crisis fue la apertura al mundo, para otros lo fueron los estudios teológicos y bíblicos

renovados... Albert Schweitzer cuenta que cuando Reimarus hizo su estudio sobre la figura de Jesús y puso en evidencia que muchas cosas que hasta entonces se decían de él carecían de fundamento histórico, hubo en Alemania una desbandada de seminaristas que buscaron otro oficio... Las teologías posconciliares hacían inviables y dejaban sin fundamento las motivaciones vocacionales por las que muchos/as habían entrado en la vida religiosa o el sacerdocio... La culpa no era del Concilio, sino de la cerrazón en la que la Iglesia vivió, de espaldas a la cultura moderna, en los últimos siglos. Las crisis no sobrevinieron en realidad por el concilio, sino a pesar del concilio, que llegaba demasiado tarde para resolver un contencioso histórico de la Iglesia frente al mundo moderno...

- Todos nosotros hemos vivido la espiritualidad de la liberación, ese redescubrimiento de Jesús como profeta de la utopía del Reino, utopía que Dios mismo sueña para la humanidad, ¡el Reino!, que estamos llamados a construir con nuestra vida. He sido testigo de un sin fin de "vocaciones" fundamentadas en esta espiritualidad, vocaciones a la vida religiosa y al sacerdocio, y también vocaciones al compromiso social y político, a la guerrilla y hasta el martirio. Ha sido una de las espiritualidades más precoces y más fecundas en llamados vocacionales. Digo "ha sido" porque son muchos los que afirman que para ellos ya pasó...
- Hoy nos encontramos con esta "huelga vocacional", en pleno auge en el mundo desarrollado, y apenas iniciándose, pero claramente planteada ya, en América Latina; y todavía sin convocar en África y Asia, pero llamando ya, sin duda, a sus puertas... Creo que esta carencia masiva de entradas a la vida religiosa hoy puede ser tan elocuente como aquellas otras salidas masivas del posconcilio, y debe, igualmente, hacernos pensar...

He querido evocar hasta aquí diversos modelos de vocación –y hasta de ausencia de vocación-. Toda vocación tiene su expresión ideológica y/o espiritual, su cosmovisión, su teología. La vocación no puede darse sin un fuerte elemento cordial, emocional, vital, pero, siempre, el sujeto necesitará expresarse a sí mismo la justificación de su vocación de una forma teológica: la razón de su llamado, la misión a la que es convocado, y la nueva relación que este llamado le va a llevar a establecer con los valores de este mundo con los que toda persona humana debe relacionarse. Llamemos "teología de la vocación" a esa cosmovisión que enmarca y da sentido a la percepción que la persona siente de su propio llamado. Los agentes de pastoral vocacional

("profesionales" o por oportunidad) tendríamos que reflexionar sobre la "teología de la vocación" que somos capaces de transmitir, consciente o inconscientemente, porque, más allá de nuestra buena voluntad, podemos hacer daño, o no hacer todo el bien posible, en función de la "teología de la vocación" de la que somos deudores. Vayan en este sentido algunas reflexiones:

1. Hay muchos tipos de "teología vocacional". A estas alturas de la historia ya vemos que tales teologías están condicionadas en función del tiempo que en que se dieron. Sobrino cita a Duquoc, que dice: "Las cristologías son "construcciones transitorias que utilizan instrumentos conceptuales contingentes". Y se trata nada menos que de las cristologías, que diríamos que son como el centro, el corazón mismo del dogma... Pues son transitorias, y hechas con instrumentos contingentes, no necesarios... Cuánto más no lo será, pues, la "teología de la vocación"... Estas teologías son también transitorias, responden a la teología general de una época y a la teología de la espiritualidad concreta en que la persona vive, y, en principio, llegará un día en que cada una de ellas no sólo "pasará de moda", sino que se revelará insuficiente, desubicada o incluso errónea...

Tener esto en cuenta, y expresarlo alguna vez, puede ser muy sano en el proceso del acompañamiento vocacional. No se trata de inyectarle escepticismo al joven vocacionado, sino de administrarle una dosis sobrellevable de realismo, vacunándole también ya de entrada contra la ilusión de considerar la teología de su vocación como parte de las "verdades eternas", y preparándolo a que esté dispuesto a renovar esa teología de su vocación más de una vez a lo largo de su vida, en todos los períodos de crisis.

2. Si bien es verdad que el acompañante debe respetar la peculiaridad personal del vocacionado, también es verdad que debe ayudarle a encontrar una "teología" adecuada para su vocación, una teología que no le haga deudor de planteamientos sobrepasados, insuficientes o llamados a desaparecer. No hay que dar por bueno cualquier planteamiento teológico de una vocación, como si lo único que importara fuese que salga adelante como vocación. El servicio de acompañamiento incluye un discernimiento y un asesoramiento también teológico al sujeto vocacionado.
3. Siento que la teología de la vocación inspirada en la teología y la espiritualidad de la liberación es, hoy por hoy, la que todavía tiene más fuerza de convocatoria,

siempre que el sujeto 'vocacionado' no esté demasiado influido por la posmodernidad... Si hay un mínimo de "sentido histórico, sensibilidad para la utopía y opción por los pobres" (los tres elementos o dimensiones esenciales de toda espiritualidad de la liberación) el sujeto puede captar su vocación y podrá sostenerla de un modo digno en la actualidad y en el futuro.

4. Tenemos que reconocer que buena parte de la juventud que viene está ya en otra cosmovisión. (Este es el "cambio de época"). Nosotros estamos todavía en el paradigma del pensamiento histórico, en el que rigen las razones de la vida, los "motivos para vivir y para esperar". El concilio Vaticano II dijo aquella frase célebre: "El porvenir de la humanidad está en manos de aquellos que sepan dar a las generaciones jóvenes razones para vivir y para esperar". El problema es que ahora en la nueva cosmovisión posmoderna ya no es seguro que quepan las "razones para vivir y para esperar" en el sentido en que lo fueron hasta ahora, como "grandes causas", como "ideales" de vida, inscritos en "grandes relatos", religiosos o humanísticos. La juventud que viene ya ha pasado más horas ante la televisión que ante todos sus educadores. Ya no es hija nuestra, ni de sus padres, sino de una sociedad cuyos medios de comunicación le han configurado sus opciones vitales de una forma que con frecuencia no somos capaces de entender quienes antes de recibir el bombardeo mediático ya habíamos estructurado nuestra personalidad y nuestra teología. En estos jóvenes ya no cabe un pensamiento histórico ni utópico, sino fragmentado y practicista. Su paradigma es más bien utilitarista más que ideológico, estético más que ético, del "carpe diem" más que de los sacrificios heroicos o martiriales... Aquí sólo cabría una "teología de la vocación" muy distinta de la nuestra.
5. El acompañamiento vocacional (insisto: profesional o por ocasión) no puede hoy día dejar de tener en cuenta que estamos en tiempos de "crisis", crisis que afecta a todas las religiones. Hoy día la mayor parte de los pensadores llaman la atención sobre esto: se está dando un cambio, se está cuarteando la antigua forma de religión, y está por surgir una forma que todavía no podemos prever... Es un tiempo pues de incertezas, de inseguridad, de intemperie... aunque también –es el lado positivo que hay que saber subrayar– de aventura, de creatividad, de riesgo, de oportunidad de hacer un aporte original.
6. Urge crear una nueva teología de la vida religiosa. El último Sínodo sobre la Vida Religiosa parecía descubrir que después de tantos siglos de vida consagrada, carecemos de una teología de la misma que responda con un mínimo de solvencia a los desafíos actuales. Como que la teología de la vida religiosa se hubiera limitado en estos decenios a administrar los restos del pasado,

elaborando y reelaborando la misma teología, pero sin dar pasos adelante, repitiendo en nuevas formas los mismos conceptos de siempre... Y ahí estamos en este momento: hay una teología que está muerta, y otra que no acaba de nacer. En todo caso, en este preciso momento a nosotros nos toca acompañar vocacionalmente a los jóvenes. Hay que reconocer que es una hora difícil. Y no hay por qué ocultarlo, ni siquiera a los jóvenes mismos.

7. El cambio de época es la gran "metamorfosis" (Juan de Dios Martín Velasco) que se está dando en la religiosidad humana, mucho más amplia que la crisis que se da en cada religión, una mutación que quizá solo tiene paralelo antecedente en el "tiempo axial" (Jaspers) que se dio en el milenio anterior a Cristo, cuando se transformó la conciencia de la humanidad y se dieron las condiciones para el nacimiento de las grandes religiones, que han perdurado hasta hoy y que ahora están en una crisis global que anuncia el fin de un ciclo y la proximidad de otra nueva gran metamorfosis religiosa...

La percepción de estos síntomas, de por sí, ya nos pone en la sospecha de que estamos ante algo que nos desborda enteramente. Nuestros esquemas de pensamiento y de religiosidad pueden saltar hechos añicos por la presión de un marco de referencia que se cuarteo por momentos ampliándose más y más... A partir de aquí "ya no hay camino", y cada quien deberá tomar una de dos actitudes: la de cerrar los ojos y volver a los caminos trillados y conocidos, o la de asumir el riesgo de ser persona de hoy, de este tiempo, y atreverse a dar la propia palabra balbuciente ante este nuevo desafío, sin miedo a los guardianes del orden establecido que parece agonizar... Es cuestión de cada cual, de su libertad...

II. Vocación e Iglesia

Aunque "vocación" se refiere en principio a toda vocación, aquí nos estamos refiriendo a las vocaciones de "especial consagración", vocaciones a la vida religiosa y al sacerdocio. Una vocación de este tipo se siente siempre especialmente afectada por la situación de la Iglesia. Y hoy estamos en un tiempo de crisis eclesial:

- Acabamos de hablar de la carencia de "vocaciones" consagradas en el primer mundo. Sequía o huelga vocacional, grave, aguda, y prolongada.
- Ya se ha evidenciado como inexistente, a nivel mundial, la "recuperación de las vocaciones" que los grupos conservadores decían estar constatando al socaire

de la involución eclesiástica conducida contra el Concilio Vaticano II en el pontificado de Juan Pablo II;

- ❑ Estamos viviendo el fin de un pontificado que se prolonga, y que no cesa de contemplar el surgimiento de nuevas iniciativas que claman por una renovación a fondo de la iglesia.
- ❑ Está ahí una larga lista de problemas pendientes, que la jerarquía eclesiástica insiste en no afrontar durante este pontificado, pero cuya relevancia y urgencia aumenta conforme pasa el tiempo, a pesar de que oficialmente se diga que se trata de cuestiones ya resueltas definitivamente...
- ❑ Mientras cunde la insatisfacción en los sectores más abiertos, se propaga y se instala en la Iglesia el fundamentalismo de asociaciones religiosas que están tomando cuenta de las estructuras jerárquicas (curia vaticana, curias diocesanas, sectores pastorales populares...) y que preanuncian que el cambio y la transformación va a ser más conflictivo y difícil.
- ❑ Concretamente, el sacerdocio, el celibato, el acceso de la mujer a los ministerios... se adivinan como realidades que van a sufrir profundos cambios, más pronto que tarde...
- ❑ Acaba de lanzarse una petición al Papa pidiendo un nuevo Concilio Ecuménico, una petición que viene de las bases encabezada por la solicitud de más de 30 obispos, fundamentalmente de América latina... en lo que será una cuenta atrás, no a corto plazo pero sí a plazo seguro...
- ❑ Por lo demás, sobre todo en los países desarrollados, la Iglesia comienza a reconocer la "interrupción de la transmisión de la fe cristiana en amplios sectores de la sociedad" europea, donde la Iglesia, tras el desgaste de los cauces tradicionales de evangelización (familia, escuela y sociedad) no encuentra modo de llegar a las nuevas generaciones... (así lo reconoce por ejemplo en Europa el plan pastoral de la conferencia episcopal española).

¿Qué actitud adoptar en el acompañamiento vocacional a los jóvenes que hoy día, en este contexto eclesial y eclesiástico, viven la hora de su llamado vocacional? ¿Será lo mejor taparse los ojos, mirar hacia otro sitio, o esconder la cabeza bajo la arena como el avestruz, para asegurar una vocación sin traumas en este invierno eclesial? ¿Será mejor no decirles, no pensar, actuar como no estuviéramos en un tiempo de crisis y un tiempo que hace adivinar cambios profundos inminentes? ¿Será mejor no decirles nada, y que el tiempo se encargue de resolver los problemas cuando les sobrevengan? Muchos quisieran ignorar estos

problemas, pensando que con ello favorecen el crecimiento de una vocación más entregada. La pregunta es si con ello no estarán haciendo un flaco servicio a las vocaciones, en cuanto que no las preparan para un futuro inmediato de cambio que se avecina...

Otros no quieren plantearse los problemas por puro pragmatismo: lo que les importa es el número de vocaciones (tantas congregaciones religiosas y diócesis preocupadas por el número), no les importa tanto que se trate de vocaciones maduras, ni les importa demasiado las crisis que esas personas van a sufrir con seguridad dentro de unos años, cuando toda la articulación actual de los ministerios sufra la inevitable reestructuración. La pregunta es si, por honradez, por respeto a la dignidad de cada persona (que es en el fondo la "mercancía" con la que trabajamos) deberíamos anteponer a todos nuestros intereses corporativos congregacionales, diocesanos y hasta eclesiásticos, la verdad para con las personas de los vocacionados. Una vocación que no afronte, que no tematice la crisis eclesial y la necesaria reforma de la Iglesia, no es una vocación madura, ni es una vocación con futuro asegurado en la Iglesia del mañana.

Creo que la actitud mejor en esta coyuntura eclesial pasa por la honradez y la veracidad. Toda vocación que no se base sobre ellas construye un edificio que amenaza ruina, y no resuelve los problemas, simplemente los aplaza. Es mejor que los vocacionados vean ya desde antes de dar el paso de su «sí», la problemática de su Madre Iglesia, en la que quieren consagrarse al Reino. Más aún, es mejor que incorporen a su "teología de la vocación" esas deficiencias y problemas eclesiásticos, integrándolos dentro de la misión a la que son convocados. Y será ésa la forma de que el día de mañana no entren en una crisis que les hagan maldecir nuestra falta de sinceridad para con ellos.

En todo caso tenemos que echar mano de nuestra fe en Dios. Sólo él es objeto de nuestra fe, más que las estructuras de nuestra Iglesia. Hay que tener en cuenta que quien recibió la promesa de la asistencia y compañía hasta el fin de los tiempos, es la comunidad-iglesia, la comunidad de los creyentes, no las estructuras históricas concretas con que ella se dotó en algún momento y que ella misma puede revocar cuando lo desee. En los tiempos de crisis a veces es más cierto que "quien bien te quiere, te hará llorar". ¿Y dicen algunos/as que no es tiempo de profecía?